

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Benedicto XVI*

## **Discurso**

ASAMBLEA ECLESIAL DE LA DIÓCESIS DE ROMA 2010

# **Asamblea eclesial de la Diócesis de Roma 2010**

15 de junio de 2010

---

Queridos hermanos y hermanas:

Dice el Salmo: «*Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos*» (Sal 133,1). Es realmente así: para mí es motivo de profunda alegría encontrarme de nuevo con vosotros y compartir todo el bien —y es mucho— que las parroquias y las demás realidades eclesiales de Roma han realizado en este año pastoral. Saludo con afecto fraterno al Cardenal Vicario y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido y el empeño que diariamente pone en el gobierno de la Diócesis, en el apoyo a los sacerdotes y a las comunidades parroquiales. Saludo a los obispos auxiliares, a todo el presbiterio y a cada uno de vosotros. Dirijo un saludo cordial a todos los que están enfermos o pasan por dificultades especiales, asegurándoles mi oración.

Como ha recordado el cardenal Vallini, desde el año pasado estamos comprometidos con la verificación de la pastoral ordinaria. Esta tarde reflexionamos sobre dos puntos de primordial importancia: *Eucaristía dominical* y *testimonio de la caridad*. Conozco el gran trabajo que han realizado las parroquias, las asociaciones y los movimientos mediante encuentros de formación y de confrontación, para profundizar y vivir mejor estos dos componentes fundamentales de la vida y la misión de la Iglesia y de cada creyente. Esto también ha favorecido la corresponsabilidad pastoral que, en la diversidad de los

en nuestro tiempo no se ama la palabra "sacrificio"; más aún, parece que pertenece a otras épocas y a otra manera de entender la vida. Sin embargo, bien comprendida, es y sigue siendo fundamental, porque nos revela con qué amor nos ama Dios en Cristo.

En la ofrenda que Jesús hace de sí mismo encontramos toda la novedad del culto cristiano. En la antigüedad los hombres ofrecían en sacrificio a las divinidades los animales o las primicias de la tierra. Jesús, en cambio, se ofrece a sí mismo, ofrece su cuerpo y toda su existencia: Él mismo en persona se convierte en el sacrificio que la liturgia ofrece en la santa misa. En efecto, con la consagración, el pan y el vino se convierten en su verdadero cuerpo y sangre. San Agustín invitaba a sus fieles a no detenerse en lo que aparecía a su vista, sino a ir más allá: *«Reconoced en el pan —decía— el mismo cuerpo que colgó de la cruz, y en el cáliz a la misma sangre que brotó de su costado»* (Sermón 228 b, 2). Para explicar esta conversión, la Teología ha acuñado la palabra "transustanciación", palabra que resonó por primera vez en esta Basílica durante el IV Concilio de Letrán, del cual dentro de cinco años se celebrará el VIII Centenario. En aquella ocasión se introdujeron en la profesión de fe las siguientes expresiones: *«Jesucristo, cuyo cuerpo y sangre se contienen verdaderamente en el sacramento del altar bajo las especies del pan y del vino, después de transustanciados, por virtud divina, el pan en el cuerpo y el vino en la sangre»* (DS, 802). Por tanto, es fundamental que en los itinerarios de educación de los niños, los adolescentes y los jóvenes en la fe, al igual que en los "centros de escucha" de la Palabra de Dios, se subraye que Cristo está verdadera, real y sustancialmente presente en el sacramento de la Eucaristía.

La santa misa, celebrada respetando las normas litúrgicas y con una adecuada valorización de la riqueza de los signos y de los gestos, favorece y promueve el crecimiento de la fe eucarística. En la celebración eucarística nosotros no inventamos nada, sino que entramos en una realidad que nos precede, más aún, que abraza cielo y tierra y, por tanto, también pasado, futuro y presente. Esta apertura universal, este encuentro con todos los hijos y las hijas de Dios, es la grandeza de la Eucaristía: salimos al encuentro de la realidad de Dios presente entre nosotros en el cuerpo y sangre del Resucitado. Por tanto, las prescripciones litúrgicas dictadas por la Iglesia no son cosas exteriores, sino que expresan concretamente esta realidad de la revelación del cuerpo y sangre de Cristo, y así la oración revela la fe según el antiguo principio *«lex orandi, lex credendi»*. Por eso, podemos decir que *«la mejor catequesis sobre la*

*cuero*» (1Co 10,16-17). De hecho, la Eucaristía es la que transforma a un simple grupo de personas en comunidad eclesial: la Eucaristía hace la Iglesia. Por consiguiente, es fundamental que la celebración de la santa misa sea efectivamente el culmen, la "estructura fundamental\*" de la vida de toda comunidad parroquial. Exhorto a todos a cuidar al máximo, incluso mediante grupos litúrgicos, la preparación y la celebración de la Eucaristía, a fin de que quienes participen en ella puedan encontrarse con el Señor. Es Cristo resucitado quien se hace presente entre nosotros hoy y nos reúne a su alrededor. Alimentándonos de Él nos vemos liberados de los vínculos del individualismo y, por medio de la comunión con Él, nos convertimos nosotros mismos, juntos, en una sola cosa, en su Cuerpo místico. Así se superan las diferencias debidas a la profesión, a la clase social o a la nacionalidad, porque descubrimos que somos miembros de una única gran familia, la de los hijos de Dios, en la que a cada uno se le da una gracia particular para la utilidad común. El mundo y los hombres no necesitan otra agregación social, sino que necesitan a la Iglesia, que es en Cristo como un sacramento, es decir, «*signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*» (*Lumen gentium*, 1), llamada a hacer que resplandezca sobre todas las gentes la luz del Señor resucitado.

Jesús vino para revelarnos el amor del Padre, porque «*el hombre no puede vivir sin amor*» (Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 10). En efecto, el amor es la experiencia fundamental de todo ser humano, lo que da significado a la vida diaria. También nosotros, alimentados con la Eucaristía, siguiendo el ejemplo de Cristo, vivimos para Él, para ser testigos del amor. Al recibir el Sacramento, entramos en comunión de sangre con Jesucristo. En la concepción judía, la sangre indica la vida; así, podemos decir que, alimentándonos del cuerpo de Cristo, acogemos la vida de Dios y aprendemos a mirar a la realidad con sus ojos, abandonando la lógica del mundo para seguir la lógica divina del don y de la gratuidad. San Agustín recuerda que durante una visión le pareció oír la voz del Señor que le decía: «*Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Mas no me transformarás en ti como al manjar de tu carne, sino que tú te transformarás en mí*» (cf. *Confesiones* VII, 10, 16). Cuando recibimos a Cristo, el amor de Dios se expande en lo íntimo de nuestro ser, modifica radicalmente nuestro corazón y nos hace capaces de gestos que, por la fuerza difusiva\* del bien, pueden transformar la vida de quienes están a nuestro lado. La caridad es capaz de generar un cambio auténtico y permanente de la sociedad, actuando en el corazón y en

La naturaleza misma del amor requiere opciones de vida definitivas e irrevocables. Me dirijo en particular a vosotros, queridos jóvenes: no tengáis miedo de elegir el amor como la regla suprema de la vida. No tengáis miedo de amar a Cristo en el sacerdocio, y, si sentís en el corazón la llamada del Señor, seguidlo en esta extraordinaria aventura de amor, abandonándoos con confianza a Él. No tengáis miedo de formar familias cristianas que vivan el amor fiel, indisoluble y abierto a la vida. Testimoniad que el amor, como lo vivió Cristo y como lo enseña el Magisterio de la Iglesia, no quita nada a nuestra felicidad; al contrario, da la alegría profunda que Cristo prometió a sus discípulos.

Que la Virgen María acompañe con su intercesión maternal el camino de nuestra Iglesia de Roma. María, que vivió de modo totalmente singular la comunión con Dios y el sacrificio de su propio Hijo en el Calvario, nos obtenga vivir cada vez más intensa, plena y conscientemente el misterio de la Eucaristía, para anunciar con la palabra y la vida el amor que Dios alberga por todo hombre. Queridos amigos, os aseguro mi oración y os imparto de corazón a todos la bendición apostólica. Gracias.